



MADRID, 1931-1934

Mercedes Cabrera

Santos Juliá.

Madrid, 1931-1934.

De la fiesta popular a la lucha de clases.

Siglo XXI. Madrid, 1984.

Es evidente que mucho de lo que nos ofrece Santos Juliá en su último libro venía preocupándole ya desde que escribió los dos anteriores: *La izquierda del PSOE* y *Los orígenes del Frente Popular*. Esa preocupación nos la anunció

en un reciente artículo publicado en el núm. 12 de la *Revista de Derecho Político* bajo el título significativo de «Gobernar, ¿para qué? Debilidad de partidos y representación de intereses en la II República». Concluía en él que, desde octubre de 1934, las relaciones de clase carecieron de toda mediación institucional, fenómeno que explicaría la debilidad e irrelevancia del sistema de partidos, como se pondría dramáticamente de manifiesto en la primavera de 1936.

Si ésta puede ser también la conclusión de este libro, el por qué y, sobre todo, el cómo se llegó a ello se reconstruye sobre las transformaciones sociales, organizativas, ideológicas, de las clases sociales madrileñas, de obreros y patronos, entre abril de 1931 y la primavera de 1934. Este segundo corte cronológico

—tan poco usual en los estudios sobre la República— indica ya la novedad metodológica en el tratamiento del tema; novedad que, esta vez sí, no se queda en el descubrimiento de nuevos datos o en la mera acumulación de nuevas noticias, sino que obliga a replantear muchas ideas generalmente aceptadas sobre el proceso social y político republicano. Aunque el estudio se centre sobre una única ciudad, Madrid, sus conclusiones apuntan claramente a la generalidad.

El punto de partida y el punto de llegada vienen dados por el propio título: el *pueblo* madrileño, sujeto político como tal pueblo, de la celebración colectiva y festiva del advenimiento de la República, y la clase obrera y la burguesía, enfrentadas como tales, en la primavera de 1934. La explicación de esta transformación

fundamental se hace sobre un doble escenario: la ciudad de Madrid, su conformación urbanística, sus barrios, su población, sus negocios, sus comercios, sus industrias; un Madrid no industrial, sino un Madrid en el que coexistían los viejos oficios, los talleres medios y un número escaso, pero relevante por el papel que van a desempeñar en la toma de conciencia de obreros y patronos, de grandes empresas, de sociedades anónimas que surgen en sectores claves de la economía ciudadana: la construcción, el comercio... Y la crisis económica, poco transparente quizá en las estadísticas de consumo, pero determinante a la hora de analizar las prácticas de unos y otros; una crisis que no fue «un mero pretexto que adorna(ra) retóricamente un enfrentamiento político o partidista», sino el contexto imprescindible que hizo, por ejemplo, que el factor esencial de movilización obrera no fueran los aumentos salariales sino el reparto del trabajo escaso.

Sobre este telón de fondo, presentado con todo el rigor que las fuentes disponibles permiten, la República parece otra. La toma de conciencia sucesiva de los parados, los obreros, los patronos, no deriva tanto de sus posiciones ideológicas —aunque éstas no se olviden— como de la incidencia de la crisis, de las consecuencias de los nuevos mecanismos de regulación del mercado y de las relaciones de trabajo, así como de la evolución de los conflictos, de las huelgas... El análisis de éstas, no sólo —como es normal— de sus motivaciones sino de su desarrollo y de sus consecuencias para los implicados, se confronta con las diversas prácticas sindicales existentes: lo que Santos Juliá llama el

sindicalismo de gestión de la UGT, hegemónico en Madrid hasta ese momento, el sindicalismo de movilización de la CNT, que irrunpe con la República, y el sindicalismo de agitación de los comunistas. Esta tipificación, realizada esencialmente sobre el análisis de las prácticas sindicales más que sobre la ideología de los dirigentes, permite asentar afirmaciones como que: «la práctica cauta y comedida de la UGT madrileña hay que relacionarla más con la condición y la propia historia de los oficios que con la idiosincrasia de los dirigentes», o que fue el intento por parte del sindicato socialista de encerrar la práctica de movilización que se iniciaba en los viejos principios de la práctica gremial lo que condujo a la dislocación de la UGT, con anterioridad a las elecciones de fines de 1933, o, en resumen, que el proceso de radicalización socialista «no es tanto el resultado de una evolución ideológica autónoma de los dirigentes del partido y de la Unión, ni del nuevo influjo de los intelectuales y periodistas o de la presión cada vez más acuciante de los jóvenes, cuanto de la respuesta que se dio en el plano político a las nuevas condiciones en que se desarrolla el enfrentamiento obrero con los patronos, con el nuevo gobierno y con las derechas, y del nuevo tipo de relaciones que se establecen con los sindicatos en el propio desarrollo de las huelgas». La estrategia política de los dirigentes socialistas madrileños de cortar las huelgas de industria con objeto de no malgastar o perder las fuerzas para la anunciada huelga general revolucionaria no es, para Santos Juliá, sino la muestra de que los contenidos políticos de la lucha de clases no encontraron expresión en los partidos y movimientos tradicio-

nales de la clase obrera, precisamente porque eran tradicionales, hechos para conducir la representación política de la clase obrera por organismos corporativos o por «gestas y gestos insurreccionales».

Si la evolución de la crisis, de la conflictividad y las huelgas lleva a plantear todo esto, no menos importante es la inclusión de los patronos, no como un bloque uniforme, sino analizado también en su dispersión organizativa inicial, consecuencia tanto de la propia estructura industrial y mercantil de Madrid como del tipo de relaciones laborales impuesto por la Dictadura, y el camino que, como en el caso obrero, llevó a la toma de conciencia de clase y a la lucha por la unidad, siempre frustrada en el caso de los patronos, cuyas prácticas también se vieron sujetas a la evolución de la crisis, de la negociación de bases de trabajo, de cambios sustanciales en las relaciones de fuerza. Reducirlo todo a una presión conjunta de la patronal y la derecha contra la República es, apunta Santos Juliá, maniqueo. Lo que quiebra es el sistema corporativo de representación política de unos intereses que no son ya de oficio o de gremio, sino de clase. Lo confirmaría el hecho de que durante el primer año de gobierno radical las luchas se saldaron a favor de las reivindicaciones obreras contra la oposición patronal: «la tesis generalizada que afirma la existencia de una ofensiva gubernativa patronal a partir de las mismas elecciones no sirve en absoluto para el caso de Madrid». Las movilizaciones obreras del último trimestre de 1933 y del primero de 1934 no fueron la respuesta a una ofensiva patronal, ni encontraron a los patronos cobijados por la acción del gobierno; sí lograron,

sin embargo, romper la representación política de un amplio sector de intereses patronales que había asumido el partido radical. El resultado de todo ello fue «la definitiva liquidación del pueblo de Madrid en cuanto sujeto político».

He señalado las conclusiones «políticas» que se derivan del libro. Aunque importantes, no son sino la consecuencia de un planteamiento de partida que rompe, no ya con la historiografía tradicional, sino también con aquella otra, más reciente, pero que también comulga con la imagen de la bipolarización inquestionable de la sociedad española de la República. Santos Juliá anuncia la necesidad de llevar a cabo una reinterpretación de la conflictividad social de aquellos años a partir de «la múltiple determinación (de las huelgas) cuya jerarquía interna debe construirse a partir del crecimiento de las ciudades, de las tensiones debidas a su estructura protoindustrial, para tomar luego en consideración los procesos de toma de conciencia de clase por medio del estudio de los efectos sociales de la crisis y de las prácticas que esas conciencias determinan a través de las organizaciones de clase existentes», interpretación que debería sustituir a la «explicación por la pasión política, por la polarización o por la mística revolucionaria de la clase obrera ante la ofensiva de la patronal». Que esta afirmación no implica olvido o arrinconamiento de la función de las ideologías y de la política se desprende de la propia lectura del libro, tanto como de la relectura de los anteriores, por no mencionar las afirmaciones que el propio autor va desgranando a lo largo de las páginas. Lo que queda asumir de todo ello con

vistas a un replanteamiento de las interpretaciones vigentes sobre el período republicano depende ya del «gremio» de los historiadores (quizá habría que sumar también a los sociólogos) y de su capacidad de debatir.

LA AGONIA DEL SUEÑO AMERICANO

Mariví Rodilla

Marvin Harris.

La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica.

Alianza Editorial.

Madrid, 1984.

Que Estados Unidos es un país complejo a casi nadie se le escapa. Que «los americanos están locos» es una frase tan comunmente utilizada en diferentes ambientes y frente a distintas situaciones que se ha convertido ya en una respuesta tópica que evita análisis más profundos. Y es que analizar los mecanismos y realidades de la sociedad norteamericana actual no resulta una tarea fácil. ¿Cuáles son las razones de la actual crisis cultural en EE.UU.? ¿A qué se debe el que «el sueño americano» haya desembocado en una sociedad dominada por la inflación y la burocracia, y en cuyo seno se han producido unos cambios de comportamiento y una crisis de los valores morales tradicionales

que desembocan en fenómenos sin una interconexión aparente, como son la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, la mala calidad de los artículos de consumo, el aumento de los homosexuales, la alta tasa de delincuencia o la proliferación de nuevas sectas o cultos religiosos?

La intención de Marvin Harris con *La cultura norteamericana contemporánea* es la de dar una respuesta a estas preguntas. Harris es antropólogo y se mueve, dentro de la tradición holística de la antropología, siguiendo la hipótesis de que diferentes transformaciones sociales, aparentemente no relacionadas, guardan una profunda relación entre sí y pueden ser, además, consecuencias de un cambio profundo central. A partir de esta idea intenta demostrar que la inflación, los cambios en la calidad de bienes y servicios, la vida familiar, la sexualidad, la delincuencia y la religión están ampliamente relacionados con los cambios que se han producido en EE.UU. a partir de la segunda guerra mundial, en la organización y el tipo de trabajo y en la composición de la fuerza de trabajo.

Paralelamente a una ruptura ideológica con la ética del trabajo y el sentido de la disciplina tradicionales en el americano medio, la economía ha pasado de ser una economía descentralizada y orientada hacia la producción de bienes a ser una economía burocratizada y dominada por los oligopolios y que se ha centrado en la producción de servicios e información. Aunque la tendencia al oligopolio ya está bien asentada en los EE.UU. durante la primera mitad del siglo XX, en los años 50 el ritmo de adquisiciones y expan-